

# **LA VIOLENCIA EN LAS FAMILIAS CUBANAS UN ESPACIO PARA VISIBILIZAR LAS DESIGUALDADES DE GENERO\***

**MSc. Yohanka Valdés Jiménez**

**CENTRO DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS Y SOCIOLÓGICAS**

La violencia en las familias constituye una de las expresiones más lamentables de la violencia humana. Ante esta realidad, constituye un imperativo para los profesionales de las ciencias sociales, modificar aquellas representaciones y pautas de interacción que invisibilizan relaciones violentas en las familias.

Hasta hace algún tiempo la sociedad cubana parecía estar exenta de las distintas manifestaciones de la violencia social y, en particular, de aquellas que caracterizan las interacciones de los miembros de las familias. La década de los noventa marca el despertar de los estudios sobre este tema en Cuba. Los diagnósticos realizados destacan la existencia, en los grupos familiares, de distintas expresiones de violencia (Artiles 1998; Proveyer, 2000; Hasanbegovic 2001; Espina 2002; Rodríguez 2003; ONE 2003; Lorenzo 2003; Durán et al. 2003; Pérez y Rondón 2004; Díaz et al. 2006; Chávez et al. 2008). Los resultados de las investigaciones alertan sobre la importancia de reconocer y estudiar este fenómeno en nuestras condiciones sociales.

Este ensayo se propone develar contenidos y características de la subjetividad juvenil que dan cuenta de la violencia en las familias. En particular, pretende visibilizar las desigualdades de género que se reproducen en la subjetividad y contribuyen a perpetuar esta problemática en el escenario familiar. La búsqueda de nuevas lecturas y aproximaciones teóricas que contribuyan a explicar este fenómeno en la sociedad cubana, fundamenta que la aproximación a esta temática se realice, en este caso, desde la Teoría de las Representaciones Sociales. El énfasis en el microcosmo de las realidades cotidianas y en los procesos que se construyen en la interacción social, convierte a esta teoría en una propuesta viable para explicar la invisibilidad y legitimidad que, como tendencia, acompañan a la violencia en las familias. Del mismo modo, permite descifrar la construcción de relaciones de género que subyacen a esta realidad familiar y refuerzan desigualdades en su dinámica.

## ***La violencia en las familias como objeto de representación social***

La representación social es informativa y explicativa de la naturaleza de los lazos sociales -intra e intergrupos- y de las relaciones del individuo con su entorno social. De ahí que su estudio resulte esencial para la comprensión de factores que condicionan determinadas prácticas en la vida cotidiana. Abordar la violencia en las familias como objeto de representación pretende identificar contenidos –cognitivos, afectivos y conductuales- compartidos por un grupo sobre esta problemática, así como, las condiciones que explican su emergencia y reproducción en escenarios sociales particulares.

---

\* Este artículo se apoya en la investigación “La violencia en las familias. Aproximación a su estudio desde la representación social de un grupo de jóvenes de la comunidad Buenavista”, presentada en opción al grado de Master en Psicología Social y Comunitaria. La tutora de este trabajo fue la Dra. Norma Vasallo Barrueta y en su realización colaboraron la Dra. Maricela Perera Pérez y las auxiliares de investigación Ana María Chao Hernández, Aleida García Córdova y Neury Rodríguez Álvarez.

Es necesario apuntar que en la génesis de la violencia que se desarrolla en cada sociedad se presentan configuraciones tan complejas de factores, que querer estudiarla sólo a través de la representación social, mantendría ocultos importantes procesos sociales que se relacionan con esta problemática. Sin embargo, si se considera que la representación sintetiza el conocimiento compartido por un grupo social, resulta importante atender sus contenidos y organización interna, así como las funciones que cumple para: la sociedad, el grupo y el individuo.

El protagonismo de los sujetos en la configuración y transformación de su entramado social, constituye una idea recurrente en los postulados de la teoría de las representaciones sociales. Esta premisa es esencial para interpretar la participación de los sujetos en la construcción de conocimientos asociados a la violencia en las familias y su conexión con las prácticas que asumen. En este punto merece especial atención el análisis de la construcción sociocultural del género, que establece diferencias respecto a los patrones femeninos y masculinos que se modelan en distintos niveles de la sociedad; diferencias que tienden a convertirse en desigualdades y pautan relaciones asimétricas entre mujeres y hombres.

El tema de las desigualdades resulta crucial en las familias, no sólo por las asimetrías que marcan en términos de mandato-obediencia, sino por la construcción individual que sus integrantes realizan de sus espacios, oportunidades y derechos. Desde lo simbólico, ubicarse en las posiciones de arriba-abajo en los distintos espacios de la cotidianidad familiar define roles, expectativas y formas de relación en las que la violencia pasa a ser un patrón habitual y, por tanto, queda invisibilizada. Desmontar contenidos de la subjetividad que nutren estas desigualdades en las familias y potencian relaciones violentas, exige reconocer concepciones de género que legitiman los saberes compartidos por un grupo social, en torno a un objeto de representación.

La caracterización de las representaciones sociales de la violencia familiar constituye un valioso insumo para el diseño y puesta en práctica de acciones orientadas a su atención y prevención. La legitimidad –y por tanto la invisibilidad- que por lo general acompañan a formas de interrelación violentas y a relaciones desiguales de género en las familias, contribuye a la falta de concientización de esta problemática, lo cual le confiere la más alta complejidad metodológica a su estudio, prevención y tratamiento.

Por otro lado, el papel de los procesos afectivos, en la configuración de las representaciones, constituye un tema polémico y de inestimable valor cuando se trata de explorar la violencia que se genera en las familias. Para explicar la representación social de la violencia familiar se debe considerar la conexión que existe entre lo que se conoce sobre el objeto y las necesidades, afectos y emociones que se actualizan en los sujetos con respecto al mismo. Igualmente, es necesario valorar la cercanía de los sujetos a eventos de violencia familiar – conocimiento de escenas vividas por otras personas e historias personales marcadas por eventos de violencia-. En el tema que desarrollamos resulta importante identificar, además, cuáles son las concepciones de género desde las cuales se construyen y comparten saberes, actitudes y prácticas relacionadas con el objeto de representación.

## ***Sobre la metodología utilizada: algunos apuntes***

Teniendo en cuenta la naturaleza de las representaciones sociales y la imposibilidad de “captarlas” directamente, la investigación privilegia la *metodología cualitativa*. Una interrogante inicial marcó los límites de la temática a explorar: *¿Qué características presenta la representación compartida por un grupo de jóvenes sobre la violencia en las familias?* Sin embargo, su formulación estimuló otros cuestionamientos que provocaron nuevas lecturas sobre esta problemática: *¿Cómo explican los jóvenes el origen y las consecuencias de la violencia en las familias?*, y *¿Qué concepciones de género se expresan en los contenidos de la representación?*

Para la construcción de evidencias empíricas que dialogaran con estas interrogantes, se consideraron categorías de análisis generales y flexibles que aprehendieran la diversidad de significados construidos por los jóvenes en torno al objeto de representación. De esta forma, la *representación social* se concibe como construcción subjetiva que integra contenidos y procesos cognitivos y simbólicos, mediados por afectos, emociones y necesidades, que actualizan el objeto representacional en una situación particular, condicionada por el contexto socio-histórico-cultural concreto (Perera 2005). Esta categoría se explora a partir de las dimensiones: actitud, información y campo representacional.

En la investigación, el grupo de estudio se conformó a partir de la técnica “*Bola de Nieve*” y quedó integrado por 25 jóvenes (entre 18 y 25 años), residentes en la comunidad Buenavista de la capital cubana. De ellos, los varones suman 12 y el número de féminas asciende a 13. Igualmente, se seleccionaron actores sociales de la comunidad que participaron en el rol de informantes claves.

La elección de la comunidad se apoya en argumentos que emanan de su propia historia, tradición y características sociales. Se considera un barrio marginal, de bajos recursos y condiciones de vida desfavorables, con una historia de violencia social en ascenso y baja incorporación de los jóvenes al estudio y al trabajo<sup>1</sup>. Al mismo tiempo, se trata de un territorio sobre el cual se han realizado pocos estudios sociales, aunque debe reconocerse que en los últimos dos años, suman tres las investigaciones desarrolladas en Buenavista (López 2008; Cruz 2009).

Para la recolección de la información, se combinaron instrumentos orientados a la construcción de un sistema de información que articulara las exigencias, metodológicas y éticas, que supone estudiar la violencia en las familias. La carta asociativa, modalidad de la técnica de “*asociación libre*”, inició el diagnóstico. Además, se utilizaron los siguientes instrumentos: cuestionario “*Mitos y realidades*”, completamiento de frases, entrevistas semiestructurada, observación y análisis documental<sup>2</sup>.

Desde lo metodológico, estudiar una representación social implica reconstruir e interpretar las evidencias empíricas en relación con el contexto en el que emergen. Supone además, el examen de todo el material disponible, dar cuenta tanto de lo manifiesto como de lo latente, ausente u oculto (Perera 2005). En tal sentido, la caracterización de las representaciones que se presenta, opta por los siguientes criterios: expresiones coincidentes (contenidos que se expresan explícitamente, con términos similares o diferentes, pero con esencias comunes), y expresiones compartidas que expresan aceptación por la mayoría del

---

<sup>1</sup> Información obtenida a partir de la revisión del Planeamiento Estratégico Comunitario de Buenavista “*Es mi Barrio*”. Taller de Transformación Integral del Barrio, 2007.

<sup>2</sup> Se consultaron documentos que aportan información sobre características de la comunidad relacionadas con el objeto de estudio.

grupo de estudio y aprobación sobre lo manifestado por uno o varios sujetos, devenidos emergentes de los juicios y argumentos grupales.

## **Lecturas compartidas sobre la violencia en las familias**

### **¿Qué y cuánto se conoce sobre la violencia en las familias?**

La violencia que tiene lugar en el espacio familiar se conoce por los jóvenes, esencialmente, a través de sus formas de expresión (por acción y/o omisión). La *violencia psicológica o emocional* se identifica por la mayoría en primer lugar y es la más referida por el grupo de estudio. Lo expresado por el grupo, nombra algunos comportamientos que se encuentran detrás de esta categoría: “discusiones, desacuerdos e incompreensión entre los integrantes de la familia”, “problemas en la comunicación y falta de habilidades para solucionar los problemas”, “gritos y amenazas”, “control mental, imposición, inhibición de la conducta”, “falta de unidad en la familia”, “falta de respeto”, “miradas”, y “violación de espacios de privacidad”. En segundo lugar aparece la *violencia física*, la cual se traduce en el discurso de los sujetos en: “golpes” y “bofetones”.

Resulta interesante, el valor otorgado a la violencia psicológica para precisar el objeto de representación. Lejos de reducir esta forma de violencia a un estereotipo estático, los jóvenes reflejan sus distintas manifestaciones.

Por otra parte, se considera que la violencia en las familias se expresa en: *formas de maltrato o agresión* en sentido general, *violencia económica* visible a través de “robos” y la *violencia sexual* que se materializa en hechos de violación. Estas categorías muestran otros matices que cobra esta problemática en la cotidianeidad; sin embargo, es muy bajo su registro en el discurso de los jóvenes. Este resultado denota insuficiente información sobre este tema y también puede indicar su invisibilización y naturalización en las familias.

Para algunos sujetos, la violencia también se define a partir de *estados emocionales negativos* que se desencadenan ante eventos de esta naturaleza: “tristeza”, “depresión”, “enojo” y “odio”. Una lectura de género destaca que las jóvenes son las que más refieren esta categoría, mostrando mayor preocupación y rechazo por el clima emocional que produce un suceso violento en las familias. Debe apuntarse que desde una concepción tradicional, las mujeres desempeñan, con mayor frecuencia, el rol de mediadoras ante los conflictos familiares y se les otorga la responsabilidad de conservar un “ambiente familiar armónico”.

### **Lo afectivo en la construcción de la representación social**

El grupo comparte una evaluación negativa del objeto de representación, que se visualiza en el rechazo a esta realidad y en conductas evasivas ante escenas familiares violentas. Vale resaltar que el *rechazo desde lo normativo o instituido socialmente*, caracteriza en mayor medida las evaluaciones de los jóvenes. En razón de lo anterior, evocan expresiones como: “no debe existir”, “no se ve bien”, “no debe ocurrir”, “no es aceptable nunca”, “es algo negativo del ser humano” y, “no es buena”.

En un segundo momento, los discursos reflejan un *rechazo asociado a la esfera emocional*, que se explica por: la vivencia de escenas de violencia, por las consecuencias que estos hechos generan en las familias y en sus integrantes, y por la aspiración a distanciarse de la violencia para formar sus propias familias. Algunos sujetos justifican comportamientos violentos en las familias, cuando un niño se porta mal, “siempre y cuando no llegan a fajarse los familiares”, ó “si

sólo son *griterías* y *discusiones*". También, se considera aceptable la violencia, si es un hecho que no se repite en el tiempo.

Debe apuntarse que en estas evaluaciones -más o menos favorables-, tienen mayor presencia las jóvenes. Desde el género esta realidad compartida, explica la cercanía de las féminas a roles familiares asociados a la educación de niños y niñas, su función mediadora de los conflictos que vivencian en sus respectivas familias, y la tendencia a resguardar una imagen positiva del grupo familiar. La identificación con estas ideas reproduce las diferencias entre mujeres y hombres "de puertas adentro" y refuerza la aceptación de asignaciones culturales en la subjetividad social, elementos que preestablecen trayectorias individuales y sociales, en función del género, al tiempo que naturalizan la violencia.

Resulta importante insistir en la distancia que se establece entre la realidad y el deber ser en las evaluaciones realizadas por los sujetos. Pensar la violencia en las familias, desde otros o desde una posición que no implica necesariamente revisar "la vida familiar propia", explica la tendencia grupal al rechazo; pero cuando se trata de emitir evaluaciones o fijar posiciones, la realidad concreta y personal alcanza un peso importante. La ideología de lo instituido o de lo correcto se plasma en las contradicciones que aparecen en el discurso de una parte de los jóvenes.

La orientación evaluativa con respecto al objeto representado, dinamiza y orienta las conductas que asumen los sujetos hacia este objeto. En este análisis son notables las brechas entre: lo que se piensa sobre el objeto, lo que se siente y cómo se actúa al respecto.

Ante la posibilidad de presenciar escenas familiares violentas, tanto las jóvenes como los jóvenes, plantean "no hacer nada si no existe una afectación personal o los involucrados son personas desconocidas". En segundo lugar, refieren "tristeza" y "lástima". Hacer algo si la familia es conocida o es la propia, sólo es referido como intención por algunos sujetos. Por último, se encuentran aquellos que plantean la evitación de la situación o de las personas violentas, y agregan a sus reacciones "impotencia", "alarma" y "alteración". Es evidente, al menos en el discurso, que sólo cuando existe un compromiso afectivo/emocional con los implicados en los hechos violentos, estos jóvenes intentan modificar o interrumpir la situación. En otras palabras, la posición del grupo de jóvenes descansa en la observación crítica de la realidad de otros sin implicación individual. Por tanto, no se visualizan "responsables" de un cambio orientado hacia el deber ser por ellos declarado.

### ***El núcleo de la representación***

Las dimensiones presentadas -informativa y actitudinal- identifican los contenidos que integran las representaciones construidas por el grupo de estudio en torno al objeto que se analiza. Pero, asegurar la existencia de una representación social supone profundizar en la forma en que se estructuran estos contenidos en el sistema representacional.

Las representaciones de los jóvenes se estructuran alrededor de una *evaluación negativa de la violencia en las familias*, que se fundamenta en la distancia que existe entre lo que se conoce sobre la violencia familiar y lo que se considera aceptable por la sociedad. Este rechazo, "desde lo normativo", parece regular las prácticas de la mayoría de estos jóvenes respecto al objeto. De este modo, ante la posibilidad de presenciar hechos de violencia en las familias los sujetos optan por la pasividad y la evasión.

La centralidad del componente afectivo, visible en el rechazo hacia la violencia, puede ser explicada entre otros factores por: la vivencia personal de hechos violentos, por la cercanía física y/o afectiva a eventos de esta naturaleza en la actualidad, por el temor a reproducir estos

patrones en las familias que desean constituir; y por la tendencia a ubicarse en los límites de lo que se considera correcto y aprobado por la sociedad. En esta valoración no es posible desconocer que una de las razones que sustenta el rechazo de los jóvenes hacia su comunidad, es la fuerte presencia, en este contexto, de la violencia en sus distintas manifestaciones.

El núcleo de la representación ejerce una función organizadora del resto de los contenidos. Por tanto, la evaluación negativa que realiza el grupo de jóvenes sobre la violencia en las familias, modifica la significación y la jerarquía de los conocimientos construidos sobre este objeto. Si bien, es la violencia psicológica la más referida para nombrar lo que se conoce sobre el objeto, cuando se trata de evaluar, la más rechazada es la de tipo física.

### ***Causas y consecuencias de la violencia en las familias***

En el discurso de los jóvenes, *el origen de la violencia familiar* se ubica en la articulación de múltiples factores: problemas en la comunicación familiar y falta de habilidades para resolver dificultades cotidianas, el aprendizaje de la violencia en las familias, dificultades económicas, y otros problemas familiares y sociales. Se destaca la referencia a causas que recrean características de su contexto comunitario, entre las que se incluyen: la marginalidad, los problemas económicos, el alcoholismo y las drogas, entre otras.

Desde la subjetividad grupal, un hallazgo importante consiste en la constatación de mitos –y muy probablemente prácticas asociadas- en las concepciones de los jóvenes sobre la educación familiar y la violencia en sentido general.

Las evidencias empíricas muestran la aceptación mayoritaria de criterios autoritarios en el establecimiento de metas educativas en las familias y de las vías para lograrlas. Desde la percepción de estos sujetos, la obediencia se constituye en medio y fin para lograr la educación familiar. El hecho de que las jóvenes admitan mayormente la frase *“Los hijos deben obedecer a su padres en todo”*, puede explicarse por su mayor identificación con el rol femenino de cuidadora y máximas responsables de la educación infantil.

El enunciado *“la disciplina en casa se consigue con mano dura y con el castigo”* es reprobada por la mayoría del grupo. Este resultado ratifica el rechazo de los jóvenes por formas de violencia que implican el uso de la fuerza y el ejercicio del poder. El consenso grupal puede ser explicado, en este caso, por la edad de los sujetos que los coloca en el rol de “hijo o hija” en sus respectivas familias. Vale señalar que son los jóvenes los que menos admiten esta frase, lo cual puede indicar desde el género, una posición de superioridad masculina, resultado de una educación familiar sexista que los protege de la posibilidad de recibir violencia física en sus familias. Desde la subjetividad masculina y por su condición de hijo joven, se percibe como un “deshonor” ser sancionado con “mano dura y con castigos”.

En el grupo se encuentran jóvenes que parten de concepciones fatalistas al defender la herencia como factor determinante del comportamiento humano, lo cual limita e impide la posibilidad de asumir conductas proactivas en función de modificar realidades violentas en las familias. Este punto, son las jóvenes las que más admiten la herencia biológica como determinante de la conducta. Para las féminas aceptar el fatalismo de determinadas “formas de ser” puede ser una manera de justificar, como inevitable, prácticas violentas de otros; también pudiera explicar conductas propias.

Del mismo modo, en las jóvenes se concentra nuevamente la aceptación de la frase *“Los hombres son violentos por naturaleza”*. Si se acepta la herencia biológica de la agresividad masculina, se niega la mediación sociohistórica del género, de lo masculino, como construcción

social y la naturaleza aprendida de la violencia. Este resultado se complementa con valoraciones expresadas por algunas jóvenes al referirse a los hombres: “es el principal generador de violencia”; “es un ser humano prepotente”; “es el eslabón más fuerte de la familia”. El nivel de aceptación de esta idea constituye un indicador de inmovilización femenina para enfrentar y/o modificar eventos de violencia generados por las figuras masculinas.

Por lo general, el grupo desaprueba y rechaza distintas formas de violencia familiar, fundamentalmente de tipo física. Pero, algunos defienden la necesidad de castigar, gritar y de ser inflexible para lograr la disciplina y la atención de los hijos. Así, la frase “La violencia emocional no es tan grave como la violencia física”, es aceptada de alguna forma por poco más de la mitad de los sujetos. Los registros realizados destacan que son las jóvenes las que más admiten esta idea, lo que además de mostrar la insensibilización con los efectos de la violencia psicológica, apunta la aceptación de esta forma de violencia para regular la conducta de otros.

La valoración de la violencia familiar como problema privado, revela un mayor acuerdo por parte de las jóvenes, lo que puede significar, desde el género, una tendencia femenina a resguardar la imagen de la familia y a perpetuar la creencia de “que los asuntos de familia deben quedar de puertas adentro”.

Por su parte, los jóvenes justifican más la conducta de los victimarios al ubicar la responsabilidad en las víctimas. Esto puede indicar una predisposición a justificar, a partir de su condición genérica, la utilización de la fuerza o el poder masculino en situaciones que “lo ameritan”. Del mismo modo, ellos culpabilizan más a las personas ajenas a la familia con la comisión de actos violentos; probablemente vivencien más la contradicción que provoca aceptar que los agresores pueden ser personas cercanas desde el punto de vista afectivo.

Como generalidad, la aceptación de mitos relacionados con la violencia familiar es mayor en las féminas. Esto parece indicar la asimilación de roles de género, que reproducen compromisos “femeninos en el hogar”. Algunas jóvenes aseguran que: “hay mujeres a las que les gusta la violencia” y que, “las personas con pocas concepciones morales están dispuestas a aceptar y recibir violencia”. Estos contenidos denotan la aceptación de estereotipos que legitiman y justifican la violencia, al naturalizar la existencia de un arriba y un abajo en las relaciones entre mujeres y hombres. De alguna manera, se legaliza que existe una parte que domina o controla y otra que acepta una situación impuesta por el controlador como algo normal. En esta relación de poder desigual, reforzada en la subjetividad de éstas jóvenes, las mujeres suelen tener mayores desventajas y pueden soportar agresiones que usualmente no se reconocen, y menos se auto reconocen, como limitantes de su desarrollo.

Las informaciones presentadas revelan contradicciones que, por lo general, acompañan al saber del sentido común: en el grupo se encuentran jóvenes que al expresar sus conocimientos sobre la violencia en las familias muestran un elevado nivel de crítica y de elaboración personal; los cuales, al mismo tiempo, aceptan y reproducen creencias y estereotipos relacionados con esta problemática.

Los efectos de la violencia familiar que perciben los jóvenes se agrupan, de acuerdo a la jerarquía que se les otorga, en los siguientes niveles: *familiar, individual y social*. En el ámbito familiar se ubica el divorcio o la separación como la principal secuela de la violencia. Del mismo modo, la reproducción de la violencia en el espacio familiar se percibe como uno de sus efectos directos: “[La violencia] engendra más violencia” y “... Las personas que son golpeadas, tienden a ser golpeadores, los que son manipulados tienden a ser manipuladores”. El reconocimiento de

esta consecuencia en el ámbito familiar evidencia las afectaciones que producen, de manera simultánea, en los maltratados y maltratadores.

Además, el grupo identifica daños en el nivel *individual* que se concentran en la figura de los hijos: “traumas”, “miedos”, “dificultades en el aprendizaje” e “inseguridad”. Otras consecuencias de la violencia que se señalan en este nivel son: “dificultades para establecer relaciones sociales”, “sentimientos de culpa en las víctimas”, “desconfianza”, “baja autoestima”, “autodestrucción”, “parálisis e inmovilismo en las personas” y “la muerte”.

Debe apuntarse que las afectaciones en los hijos sólo son referidas por las jóvenes, lo que indica mayor inquietud en las féminas por aspectos referidos a la educación infantil y por sus efectos, si se practica la violencia. Este elemento complementa, desde la construcción cultural del género, la ubicación de la mujer como mayor responsable de la educación de los hijos (del proceso y de sus resultados) y al decir de un joven: “*la que equilibra el hogar*”.

Por último, algunos jóvenes reflejan las consecuencias de la violencia familiar a nivel *social*. En particular, se refiere la transmisión de la violencia a otros escenarios: la escuela, la comunidad y la sociedad en general. Se visualiza la conexión que existe entre la violencia que se produce al interior de las familias y la violencia social.

Desde la subjetividad juvenil, se destaca la necesidad de atender a los que sufren y producen la violencia. Si bien el conocimiento expresado por los sujetos, pudiera ser un atractivo para movilizarlos en función de transformar estas realidades familiares –más cercanas para unos y lejanas para otros-, se necesita alertar sobre otros efectos que provoca la violencia y abrir el panorama de recursos alternativos que pueden practicarse en los grupos familiares. El rechazo de estos jóvenes hacia la violencia en las familias, no encuentra referentes que les permitan modificar su realidad, y estimulen posibilidades reales de cambio. Si a ello se adiciona un contexto social-comunitario en el que la violencia se reproduce y tiende a naturalizarse, el cambio suele percibirse inalcanzable para los jóvenes.

### ***¿Quiénes son las víctimas y/o victimarios/as en las familias?***

Para la mayoría del grupo, los niños son las principales víctimas de la violencia familiar, ya sea porque reciben los daños de manera directa o porque observan discusiones y peleas familiares. Sin embargo, de alguna forma, se refuerza el rol de víctimas de los más pequeños, a partir de la aceptación de formas de violencia para regular su conducta. .

Tanto las jóvenes como los jóvenes ubican a las féminas en el segundo grupo de los afectados. Es probable que esta ubicación responda a experiencias personales, en las que se ha observado la desventaja femenina en situaciones de violencia. Pero, también puede ser explicada desde concepciones propias que acentúan la vulnerabilidad de la mujer y la fortaleza del hombre. A continuación se presentan fragmentos del discurso de los y las jóvenes que ilustran sus concepciones al respecto.

Para las jóvenes el hombre: “*debe trabajar y prepararse para la vida*”, “*tiene que ser el que aporte todo en la casa*”, “*es completo*”, “*es el eslabón más fuerte de la familia*”, “*es prepotente*”, “*tiene la capacidad de razonar*” y “*es el principal generador de la violencia*”. En cambio la mujer: “*es presumida*”, “*es belleza*”, “*es de la casa*”, “*se debe cuidar*”, “*es delicadeza, belleza y feminidad*” y “*debe aprender a ser autónoma y a pensar*”.

Sobre estos aspectos las concepciones de los jóvenes se reflejan en las expresiones que siguen: El hombre: “*es machista*”, “*un enigma bastante complicado*”, “*completo*”, “*es la cabeza de la familia*”, “*fortaleza, valentía y coraje*”, “*tiene que ser ejemplo en todo*”, “*es muy útil para la*

familia” y “es el horcón o el ejemplo de la familia”. Para ellos, la mujer: “es delicadeza”, “es bonita y cariñosa”, “es belleza, sencillez, hermosura”, “es la virtud, la belleza”, “el apoyo del hombre” y “hay que cuidarla”.

Desde la construcción social y cultural del género, la mujer tiende a ubicarse en posiciones de desventaja y de mayor fragilidad; del mismo modo, la percepción de los jóvenes acentúa la subordinación femenina y el poder masculino. Se asume un modelo tradicional en el que el hombre se le asigna un rol protagónico en el control de la familia y se le exige desde su valentía, aporte y capacidad para sostener y conducir a los otros; las féminas quedan ubicadas en la retaguardia y su protagonismo se limita a velar por los afectos familiares. Estas diferencias, con apariencia de naturalidad o naturalizadas, son parte de la vida cotidiana de estos sujetos y se integran a su subjetividad, al parecer con poca crítica del costo psicológico que supone para ambas partes.

Este resultado revela desde el poder simbólico, la existencia de un arriba y un abajo que resalta y hasta legitima la victimización femenina. Además, visualiza relaciones intragénero que estando más naturalizadas, exigen a mujeres y hombres transitar por caminos preescritos y responder a roles asignados e impuestos por una cultura hegemónica.

En el rol de víctimas los sujetos ubican en tercer lugar a *los ancianos y a las ancianas*. En este caso, se argumenta su vulnerabilidad a partir de las pérdidas propias de la edad que, muchas veces, no son consideradas por otros miembros de la familia. Para un grupo de jóvenes, “*todos en la familia*” pueden ser víctimas de la violencia. De este modo se considera la circularidad de este rol en las familias, el cual puede corresponder a todos si se valora que los daños no son exclusivos para quienes los reciben directamente. Sólo una joven y tres jóvenes, ubican al *hombre* como víctima. Desde lo cuantitativo la cifra puede reflejar una realidad familiar: “los hombres ocupan más el rol de victimarios”, sin embargo muestra una mirada abierta y flexible a la diversidad que es posible encontrar de puertas adentro.

Para el rol de victimario clasifican fundamentalmente *los hombres*. Es interesante que se identifique al victimario con el género masculino, limitando la posibilidad de incluir a una victimaria en sus referencias. El análisis de la información disponible constata que cuando se narran escenas de violencia física, únicamente los hombres asumen el rol de golpeador.

Es probable que las valoraciones realizadas por estos jóvenes acerca de las víctimas y los victimarios en las familias, reflejen la realidad conocidas por ellos. Sin embargo, es necesario señalar que la ubicación de estos roles, también pudiera responder a la existencia de esquemas y categorías construidos por los sujetos, que preestablecen la ubicación de los que ejercen y/o reciben la violencia familiar.

## **Reflexiones Finales**

La representación social construida por los jóvenes sobre la violencia en las familias refleja los matices que cobra esta problemática en la sociedad cubana, en particular, en el ámbito comunitario en el que se estudian. Además, devela contenidos de la subjetividad social que se constituyen alrededor de la misma y contribuyen a su reproducción. Entre estos contenidos se encuentran concepciones de género que perpetúan desigualdades entre mujeres y hombres, llegando a naturalizar eventos de violencia en el escenario familiar.

Las evidencias presentadas reflejan lo compartido por un grupo social cuando se construyen conocimientos, necesidades, afectos, saberes y prácticas relacionadas con la

violencia familiar. Pero, también dejan ver diferencias en las elaboraciones, cosmovisiones, comportamientos y relaciones que construyen estos jóvenes respecto a los patrones de feminidad y masculinidad, dominantes en la cultura cubana. Esta idea cobra especial importancia si el propósito final es diseñar e implementar acciones orientadas a la transformación de la violencia, en distintos niveles de la sociedad. En tal sentido, todo cambio que se proyecte debe integrar lo compartido por un grupo social y las diferencias que subyacen al “consenso”.

Los resultados presentados muestran contenidos compartidos por el grupo de jóvenes cuando se trata de construir valoraciones sobre la violencia que tiene lugar en las familias, y evaluar sus expresiones desde una posición de “aparente neutralidad”. En este sentido, el análisis muestra un rechazo de los jóvenes hacia el objeto de representación, no así, hacia las desigualdades de género que explican su permanencia en los grupos familiares. Una visión acrítica acompaña las asignaciones culturales que naturalizan las desigualdades entre mujeres y hombres.

Este aspecto resulta significativo, si se considera la necesidad de implicar al sector juvenil en estrategias que apuesten por la transformación social y se planteen como meta, desmontar la cultura de la violencia que se reproduce en el espacio comunitario y forma parte de su identidad. Sin embargo, debe resaltarse la necesaria movilización de procesos afectivos para alcanzar la participación efectiva de los jóvenes en el cambio de estas realidades.

Con seguridad, se requiere mayor sensibilidad en los jóvenes para identificar las desigualdades de género y otras formas que adopta la violencia familiar, así como, los efectos que éstas provocan. Pero, no deben desaprovecharse los conocimientos que poseen y comparten acerca de las expresiones de violencia psicológica y física que se producen en las familias.

Junto a la representación social del grupo de jóvenes coexisten otras producciones subjetivas que dejan ver sus valoraciones acerca de la violencia en las familias. La desaprobación de algunos mitos y la persistencia de otros, devela contradicciones que se articulan en la subjetividad juvenil. Desde posiciones críticas, los sujetos cuestionan mitos relacionados con la educación familiar y la violencia en general, pero a la vez, con enfoques más conservadores aceptan otros. Se destaca en el grupo estudiado, la conformidad con concepciones y valores que indican la interiorización del poder asignado a las figuras masculinas y que acentúan la dependencia de las mujeres. Este resultado, refleja la aprobación de relaciones de género asimétricas con rezagos de una ideología machista.

Debe apuntarse que estas reflexiones dan cuenta fundamentalmente de las diferencias asimétricas que se producen en las relaciones entre mujeres y hombres. No obstante, es necesario visualizar concepciones que acentúan también las desigualdades entre mujeres y entre hombres, por el sólo hecho de alejarse de patrones que establecen lo típicamente masculino y femenino.

Si bien los resultados presentados dan cuenta de una realidad local, debe considerarse que los matices que cobra la violencia familiar y, la manera en que es percibida por un grupo de jóvenes, son procesos cuyo análisis no puede reducirse al espacio comunitario. Las particularidades encontradas en esta investigación expresan, del mismo modo, características, modelos y patrones que son parte del nivel macro y contribuyen a su conformación.

## **Bibliografía**

- Artiles de León, Iliana 1998 *Violencia y sexualidad* (La Habana: Editorial Científico-Técnica).
- Chávez, Ernesto et al. 2008 “Las familias cubanas en el parteaguas de dos siglos” Informe de investigación. CIPS, La Habana.
- Cruz, Yuliet 2009 “Participación pioneril desde una perspectiva psicosocial. Estudio en una escuela primaria de la comunidad de Buenavista”. Tesis en opción al grado de Master en Psicología Social y Comunitaria. Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Díaz, Mareelén et al. 2006 “Violencia intrafamiliar en Cuba. Aproximaciones a su caracterización y recomendaciones a la política social”. Informe de investigación. CIPS, La Habana.
- Durán, Alberta et al 2003 “Convivir en familias sin violencia. Una metodología para la intervención y prevención de la violencia intrafamiliar”. Informe de Investigación, CIPS, La Habana.
- Espina, Elayna 2002 “Hombres que maltratan a su compañera de pareja: ¿víctimas o victimarios?” *Revista Sexología y Sociedad* (La Habana), Año 8, No.18.
- González, Fernando 2002 *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico- cultural* (México: International Thomson Editores).
- Hasanbegovic, Claudia 2001 *Violencia marital en Cuba. Principios revolucionarios vs. viejas creencias* (Canterbury: Escuela de Políticas Sociales, Trabajo Social y Sociología, Universidad de Kent).
- Ibáñez, Tomás 1988 “Representaciones sociales: teoría y método” en Ibáñez, T (comp.) *Ideologías de la vida cotidiana* (Barcelona: Editorial Sendai).
- López, Carla 2008 “Participación social comunitaria de jóvenes de Buenavista. Su mirada desde un enfoque psicosocial”. Tesis en opción al grado de Master en Psicología Social y Comunitaria. Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Lorenzo, Lairuby 2003 “Violencia Intrafamiliar: Un estudio en escolares y sus padres de zonas urbanas y semirurales en el municipio Artemisa”. Trabajo de Diploma. Facultad de Psicología. Universidad de la Habana.
- Oficina Nacional de Estadísticas 2003 *Estudios territoriales sobre Salud Reproductiva*. Informe de resultados fundamentales en las provincias Cienfuegos y Holguín. (La Habana: Centro de Estudios de Población y Desarrollo, ONE).
- Perera, Maricela 2005 “Sistematización crítica de la teoría de la representaciones sociales” Tesis de Doctorado, Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.
- Pérez, Ernesto e Ileana Rondón 2004 “Violencia, familia y género: reflexiones para la investigación y acciones preventivas” *Revista Sexología y Sociedad* (La Habana), Año 10, No.26.
- Prendes, Yaima 2002 “Un acercamiento a la violencia masculina desde las representaciones sociales”. Trabajo de Diploma, Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.
- Proveyer, Clotilde 2000. “Identidad femenina y violencia doméstica, una aproximación desde la Sociología”. Tesis de Doctorado. Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.
- Rodríguez, Yahira 2003 “Violencia intrafamiliar en adolescentes”. Trabajo de Diploma, Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.